

6.º Domingo de Pascua C



**Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde.
Mi paz os doy. (cf. Jn 14,27)**

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 15,1-2.22-29

En aquellos días, unos que bajaban de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban como manda la ley de Moisés, no podían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre la controversia.

Los apóstoles y los presbíteros con toda la Iglesia acordaron entonces elegir algunos de ellos y mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas Barsabá y a Silas, miembros eminentes de la comunidad, y les entregaron esta carta:

"Los apóstoles, los presbíteros y los hermanos saludan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia convertidos del paganismo. Nos hemos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nuestro, os han alarmado e inquietado con sus palabras. Hemos decidido por unanimidad elegir algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, que han dedicado su vida a la causa de nuestro Señor. En vista de esto mandamos a Silas y a Judas, que os referirán de palabra lo que sigue: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: que no os contaminéis con la idolatría, que no comáis sangre ni animales estrangulados y que os abstengáis de la fornicación. Haréis bien en apartaros de todo esto. Salud".

Segunda lectura

Apocalipsis 21,10-14.22-23

El ángel me transportó en espíritu a un monte altísimo y me enseñó la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios. Brillaba como una piedra preciosa, como jaspe traslúcido.

Tenía una muralla grande y alta y doce puertas custodiadas por doce ángeles, con doce nombres grabados: los nombres de las tribus de Israel. A oriente tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas, y a occidente tres puertas. El muro tenía doce cimientos que llevaban doce nombres: los nombres de los apóstoles del Cordero.

Templo no vi ninguno, porque es su templo el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbre, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.

La paz os dejo, mi paz os doy: No os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo.

Meditación

Los creyentes son amados por Dios. ¿Por qué? Porque su amor por Cristo los une a él y, a través de él, participan, tienen parte en el amor del Padre por el Hijo. Jesús se manifestará a los discípulos, a los creyentes, entre otras formas y modos, en la vida de la comunidad. En ella se manifestará como su señor. La manifestación de Jesús únicamente es posible en la obediencia y en el amor. Por eso se manifiesta a los creyentes y no al mundo. El, ellos y el Padre forman un círculo de amor y de obediencia, que es posible únicamente cuando existe ese mutuo conocimiento.

Jesús había dicho todo lo necesario a sus discípulos mientras estuvo con ellos. ¿Lo entendieron todo? Claro que no. De nuevo aparece aquí el abogado, que hará de intérprete. El les traerá a la memoria las enseñanzas de Jesús. Este tema del "recuerdo" en el cuarto evangelio no significa una mera repetición de las palabras y hechos de Jesús; no se trata de un esfuerzo por presentar o recordar las "ipsissima verba" de Jesús, sino de profundizarlas e interpretarlas en toda su dimensión y alcance para la vida de la Iglesia, partiendo de la luz que sobre ellas proyectó la resurrección.

La pequeña sección que ahora sigue comienza el anuncio de la paz. La partida de Jesús no debería provocar turbación o miedo sino paz y alegría. Al fin y al cabo, él parte, se libera de la humillación de su ministerio terreno y camina al encuentro de la gloria del Padre.

Los pueblos semitas se deseaban, se daban la paz en los saludos y despedidas. La despedida de Jesús no es la de un hombre cualquiera que se va. Jesús ha anunciado ya que volverá a estar entre ellos. Y les deja la paz. La paz es la propiedad que surge del favor divino. Por eso dice Jesús "mi paz". En primer lugar porque él la ha logrado, o la logrará, a través de la muerte. Además, porque es don y regalo, no premio que ellos hayan merecido.

Una paz propia, específica, característica de Jesús, no como la da el mundo. Esta paz o prosperidad del mundo surge como retribución por los servicios prestados o como un soborno por los que se esperan para el futuro. Jesús la da teniendo como motivación última el amor.

Me voy y vuelvo a vosotros. Dos afirmaciones unidas que parecen contradictorias. No lo son, porque se refieren, en realidad, al mismo acontecimiento: la muerte y la glorificación de Jesús, que son consideradas como formando una unidad. Este acontecimiento crea también una nueva situación para los discípulos. El creyente, es decir, el que ama a Jesús, debe alegrarse por este acontecimiento, porque esta ida de Jesús al Padre es la que le proporciona todos los beneficios de la nueva vida precisamente en cuanto discípulo.